



STAR WARS™

ESCUADRÓN ALFABETO

ALEXANDER FREED

Su misión: Perseguir y dar alcance al escuadrón imperial Ala Sombra.

En el umbral de la victoria tras una guerra brutal, cinco nuevos pilotos de la República pasan de ser presas a cazadores en esta aventura épica de *Star Wars*.

El Emperador ha muerto. Su última arma fue destruida. La armada imperial está desorganizada. Como consecuencia, Yrica Quell es solo una más entre miles de desertores de su antigua causa. Insegura sobre su lugar en la Nueva República, contra la que alguna vez luchó, pierde la esperanza de redimirse, hasta que es elegida para unirse al Escuadrón Alfabeto.

Conformado por una variedad de pilotos y cazas estelares, el Alfabeto es reclutado por la general Hera Syndulla. Como Yrica, cada uno de sus integrantes es un piloto talentoso con un pasado lleno de violencia y pérdidas. Su misión: rastrear y destruir a la Shadow Wing, una misteriosa fuerza de cazas TIE, que busca, en el ocaso del Imperio, una sangrienta y despiadada venganza.

La recién formada unidad representa el alma y el corazón de la Rebelión: desorganizada, ingeniosa, incompleta y envalentonada por su más audaz victoria en décadas. Sin embargo, pasar de rebeldes desvalidos a héroes célebres no es tan fácil como parece; sus demonios internos los amenazan tanto como los enemigos que hay en las estrellas. Los caprichosos guerreros del Escuadrón Alfabeto deberán aprender a volar juntos para proteger la nueva era de paz por la que tanto han luchado.

A Renée, quien me apoyó

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

CAPÍTULO 1

CONCIENCIA SITUACIONAL

I

—Cuando me atraparon, estaba a dieciocho kilómetros sobre el nivel del mar —dijo la mujer.

Desde el otro lado de la habitación, el droide le tomó la frecuencia cardíaca (sesenta y dos latidos por minuto, siete por arriba de lo normal) y guardó un perfil vocal para análisis posteriores. Le realizó un rápido escaneo óptico y notó los rasguños en sus labios y su frente, así como el cabestrillo con el que sostenía su brazo derecho. La mujer había empezado a recuperar masa muscular, aunque todavía estaba (y aquí el droide se permitió una floritura poética) delicada.

—¿Recuerda la altitud exacta? —preguntó el droide. Para este encuentro había elegido una voz masculina, grave y hueca. El sonido provenía de un altavoz ubicado en la parte baja de su negro armazón esférico.

—Tengo muy buena memoria.

El droide la enfocó con el lente rojo de su fotorreceptor, como si quisiera mirarla fijamente.

—Yo también.

La mujer le sostuvo la mirada. El droide reajustó su lente.

Esta es la historia que ella le contó.

A dieciocho kilómetros sobre la superficie del planeta Nacronis, Yrica Quell huía para salvar su vida.

Una embravecida tormenta de lodo se había desatado afuera de su caza estelar: el fango azul y amarillo azotaba la ventana facetada de la nave, enturbiándola. Una corriente elevó el ala de babor, lo que casi hizo que se pusiera a girar sin control. Ajustó los repulsores con la mano izquierda, que tenía enguantada, y con la derecha colocó en posición la palanca, que no dejaba de sacudirse. La nave se niveló, pero cuando seis millones de gránulos de piedra penetraron en el tubo de escape, el reconfortante rugido de sus dos motores de iones se convirtió en un crujido. Rebotando en su arnés, Quell hizo una mueca al oír el grito de agonía de su nave.

Una luz esmeralda pasó a toda velocidad frente a la ventana, quemando un rastro de lodo arrastrado por el viento. Quell aumentó la propulsión y se internó aún más en la tormenta, ignorando los gritos de los motores.

El escáner mostró tres marcas que se acercaban con rapidez por detrás, dos menos de las que esperaba. Tomó el intercomunicador, ajustó la frecuencia y llamó a dos personas.

—¿Tonas? ¿Barath? —Como no hubo respuesta, volvió a ajustar e hizo otro intento—: Piloto de TIE Yrica Quell llamando al control de tierra en Nacronis.

Sin embargo, seguramente Tonas y Barath estaban muertos, mientras que los lugareños estarían atrapados y sin red, o preferían ignorarla.

Otra descarga de rayos de partículas esmeralda pasó zumbando cerca de su nave. Quell mantuvo su trayectoria. Era una buena piloto a la defensiva, pero ahora solo la tormenta podría mantenerla con vida. Tenía que confiar en que el viento y ese cegador lodo confundieran a su enemigo.

Por fin, el intercomunicador sonó.

—¿Teniente Quell?

Se inclinó hacia delante, forzando el arnés, para tratar de ver a través de la tormenta mientras los dientes le casta-

ñeteaban y su cadera chocaba contra el asiento una y otra vez. Un rastro de lodo azul pasó frente a ella, y al otro lado entrevió un destello de luz blanca: relámpagos al frente, a veinte grados a babor.

—¿Teniente Quell? Responda, por favor.

Consideró sus opciones. Podía dirigirse hacia los relámpagos, hacia el ojo de la tormenta, donde las corrientes serían más fuertes. Allí podría resituarse y buscar una corriente de aire ascendente. Reducir la propulsión, sobrecargar los repulsores y dejar que la antigravedad de la corriente y los repulsores elevaran la nave mientras sus perseguidores pasaban por debajo. Si no se desmayaba, si no perdía la orientación, podría descender y atacar al enemigo por detrás, tal vez eliminar a uno o dos antes de que comprendieran dónde se había escondido.

—Se le ordena que reduzca la velocidad, que proceda a su eyección de la nave y espere su recolección, arresto y juicio ante un tribunal militar.

No podía concebir que el hombre que hablaba en el otro extremo de la línea se dejara engañar por una maniobra así. Era más probable que la derribaran mientras cruzaba el cielo girando sin control.

Y, por supuesto, también la abatirían si realizaba la eyección. El Comandante Soran Keize era un buen hombre, uno admirable, pero ella sabía que no habría ningún juicio militar.

Cambió su trayectoria y se dirigió hacia los relámpagos descendiendo gradualmente. Hacia el suelo, recordó. El suelo, al igual que la atmósfera y la gravedad, eran desafíos que normalmente no enfrentaba al pilotar. Otro destello esmeralda indicaba que sus enemigos estaban cada vez más cerca, tal vez tratando de atraparla en su fuego cruzado.

Se dejó llevar por el viento. No superaba en habilidad al Comandante Keize, pero sabía que era al menos tan buena como el resto del escuadrón. Quell había volado con Shana, había visto las estadísticas de vuelo de Tong y merece-

ría su suerte si no lograba igualarlos. Se lanzó a través de un rastro de lodo amarillo que la cegó por un momento, y luego redujo la potencia de salida del repulsor hasta que la aerodinámica del caza TIE asumió el control y lo hizo girar en un ángulo agudo. Si bien el vuelo atmosférico resultaba todo un desafío para ella, para sus oponentes resultaría francamente desconcertante ver cómo la fuerza de gravedad atraía con brusquedad a su enemiga. La siguiente descarga de rayos de partículas no fue más que un destello en la visión periférica de Quell.

No tardarían en dar con ella de nuevo. Un trueno, tan fuerte que resonó en sus huesos, le confirmó que se acercaba al ojo de la tormenta. Se preguntó si debía decirle algo al comandante antes del final, hacer una última súplica o algún comentario sobre los años que habían pasado juntos, pero desechó la idea. Ya había tomado una decisión.

Miró el remolino de colores a través de la ventana mugrienta. Aceleró lo más que el TIE permitía, revisó sus instrumentos pese al dolor en el cráneo y a los puntos de luz que veía frente a sus ojos, contó hasta cinco e inclinó el caza otros cincuenta grados hacia el suelo.

Entonces ocurrieron dos sucesos de manera casi simultánea. De alguna manera, ella se dio cuenta de ambos.

Mientras su caza se precipitaba hacia la superficie de Nacronis, sus tres perseguidores, que ya estaban acelerando para igualar su velocidad, volaron directamente hacia el ojo de la tormenta. Según su escáner, dos TIE enemigos intentaron alejarse. La tempestad los atrapó y los hizo chocar uno contra otro. La colisión los destruyó al instante.

El tercer piloto intentó atravesar la tormenta de relámpagos y lodo. Su desempeño fue mejor, pero su caza estelar no estuvo a la altura de su destreza. Algo salió mal (Quell pensaba que tal vez unas partículas de lodo habían penetrado por las uniones del armazón del TIE o que los sistemas del caza habrían hecho cortocircuito a causa de un

relámpago) y el Comandante Soran Keize también desapareció del escáner. La estrella del Escuadrón 204 de Cazas Imperiales había muerto.

En el momento en que sus perseguidores murieron, Quell intentó sacar su nave de ahí. No veía nada más que la cabina de mando y sus instrumentos. Mientras manipulaba los controles del TIE sentía el cuerpo pesado. Ya había logrado estabilizar la nave cuando escuchó un golpe ensordecedor y sintió que su asiento temblaba. Un segundo después comprendió que el extremo del ala de estribor había chocado contra la cenagosa superficie de Nacronis y se arrastraba por el lodo. Un instante después había perdido el control de la nave y cometió el error de estirar la mano derecha hacia el interruptor del eyector.

El caza TIE se detuvo de repente y Quell salió disparada hacia la ventana, que se quebró. Su brazo derecho quedó atrapado en el arnés de seguridad; las correas se hundieron en su piel y fracturaron sus frágiles huesos. Su rostro se estrelló contra el interior de su casco. Quell sintió un dolor insoportable y náuseas. Lo único que oía era un ruido sordo, difícil de identificar. Se desmayó y recobró el sentido casi al instante, lo bastante rápido como para sentir el dolor de las heridas, todavía recientes.

Quell tenía muy buena memoria, pero no recordaba haberse quitado el arnés de seguridad ni haber salido por la escotilla de la cabina. No recordaba si había vomitado cuando se quitó el casco. Tenía un recuerdo vago del olor de los circuitos calcinados y de su propio sudor, pero eso era todo, hasta que se encontró sentada sobre su nave destruida, en medio de un colorido pantano y mirando al cielo.

No sabía si era de día o de noche. La turbulenta e iridiscente tormenta era un remolino oleoso que bloqueaba el sol, o las estrellas o ambos. Se revolvió y crecía, su expansión era visible a cada momento. En lo alto, por encima de los blancos relámpagos, vio el destello anaranjado y tenue

de unas explosiones atmosféricas: las cargas explosivas de otros cazas TIE.

Quell sabía que las explosiones avivarían la tormenta. La avivarían y la alimentarían, y también a otras tormentas como esa que terminarían por arrasar todas las ciudades de Nacronis. El lodo haría que torres y ciudadelas se desmoronaran hasta quedar reducidas a sus armazones metálicos. Los niños se ahogarían en el lodo que inundaba las calles. Todo a causa de una orden, una que solo Quell, Tonas y Barath se habían atrevido a desafiar.

En eso se había convertido el Imperio después de Endor. Ahora lo comprendía, pero era demasiado tarde para salvar Nacronis.

—Tiene suerte de haber sobrevivido —dijo el droide cuando Yrica Quell terminó su relato.

—El TIE me sirvió de refugio. La tormenta no azotó los terrenos pantanosos tanto como los asentamientos principales.

—Aun así, mi valoración tiene sustento. ¿Se considera afortunada, Teniente Quell?

Ella arrugó la nariz y apartó la mirada del droide esférico para dirigirla hacia las paredes de metal corrugado del contenedor reacondicionado donde se encontraban.

—¿Por qué no habría de sentirme afortunada? —preguntó—. Estoy viva y me han asignado un terapeuta encantador.

El droide titubeó; analizó el comentario utilizando varios programas y fue una sorpresa agradable concluir que la hostilidad de su paciente era omnidireccional, contraproducente y odiosa, pero que en ningún caso se dirigía contra él. Aún era posible establecer una buena relación. Para el droide esa era una prioridad, aunque no la única.

—Continuaremos mañana —anunció—, y seguiremos hablando sobre lo que ocurrió desde el momento del cho-

que hasta que fue localizada por el equipo de emergencia.

Quell soltó un gruñido y se levantó. Se puso la capucha del poncho y dio el único paso que era necesario para llegar a la puerta del contenedor. Ahí se detuvo, miró el fotoreceptor del droide y luego la jeringa acoplada a su manipulador.

—¿Las personas son agresivas contigo cuando ven que las va a tratar un droide de tortura del Imperio?

En esta ocasión, su voz sugería una mezcla de hostilidad y curiosidad.

—Atiendo a muy pocos pacientes —respondió el droide. Ese hecho era prácticamente información clasificada, pero él consideró que el riesgo de que la revelara era bastante bajo en comparación con la posible ventaja de ganarse la confianza de Quell.

Ella gruñó de nuevo y se marchó.

El droide revisó diecisiete veces la grabación de la conversación. Se concentró en la biorretroalimentación de la mujer, pero no por ello descuidó el análisis verbal convencional. Llegó a la conclusión de que su relato encajaba con el testimonio de una desertora traumatizada del Imperio.

No obstante, el droide estaba seguro de que mentía.

II

Arrepentimiento del Traidor era un puesto de avanzada gélido y miserable. Había sido una base rebelde sin nombre, construida para dar asilo a un puñado de insurgentes, pero había crecido hasta convertirse en un laberinto de tiendas de campaña, cercas de seguridad y búnkers de duracreto que albergaba a doce mil desertores potenciales del agonizante Imperio Galáctico. Bajo un cielo cenizo, se sometía a interrogatorios, escrutinios y exámenes médicos a miembros del personal militar del antiguo Imperio mien-

tras el naciente gobierno rebelde, la llamada Nueva República, decidía su destino.

La mayoría de los desertores solo estaba de paso en el puesto de avanzada. Eran soldados de infantería, ingenieros, oficiales de com-sec y auxiliares de almirante. Considerados «de bajo riesgo» y «alta valía», en menos de una semana recibían ofertas de indulgencia y reubicación, se les enviaba a tripular algún destructor estelar capturado o a sumarse a algún equipo de dragaminas orbitales. Pero había otros menos afortunados, desertores a quienes algún exasperado entrevistador de la Nueva República había considerado «de alto riesgo» y «poca valía», que quedaban atascados ahí tratando de demostrar su confiabilidad, lealtad y rectitud moral, todo sin enloquecer de aburrimiento.

Yrica Quell pertenecía a la segunda categoría. Y no era que el nombre «Arrepentimiento del Traidor» le causara gracia, pero luego de un mes no podía pensar en otro mejor.

Cierta tarde neblinosa, Quell corrió por el camino de terracería que iba de su unidad habitacional a la zona de aterrizaje. Lo hacía despacio para no lastimarse más el hombro y minimizar el rebote del cabestrillo; pasó de tener mucho frío a tener calor, y de ahí a sentirse húmeda y pegajosa a causa del sudor frío. No estaba en condiciones de correr (desde los doce años no había tenido que recuperarse naturalmente de una fractura, pero no había mucho bacto para los antiguos miembros del Imperio). Aun así, se puso a correr. La rutina era lo único que impedía que se volviera loca.

En otro tiempo habría pilotado para despejar su mente, pero eso ya no era posible.

Lo cierto era que su terapeuta no estaba ayudándola. Aquel droide de tortura IT-O reprogramado parecía más interesado en examinar y reexaminar su último vuelo que en ayudarla a adaptarse a sus circunstancias. No había nada útil en las imágenes de Nacronis que el droide había des-

enterrado de su mente: tormentas de lodo avanzando entre los asentamientos, explosiones en el cielo. Nada que pudiera servirles a ella o a la Nueva República. No obstante, parecía que mientras el droide no estuviera satisfecho, ella no podría seguir con su vida.

Quell se acercaba a un puesto de control. Cuando estaba a unos diez metros del acceso a la zona de aterrizaje, salió del camino de terracería y continuó corriendo a lo largo de la cerca que rodeaba la pista. El pasto azul turquesa producía un crujido agradable bajo sus botas. Uno de los guardias la saludó con la mano y ella respondió con un brusco movimiento de cabeza. Eso también era parte de su rutina.

Siguió avanzando y pasó por el mercado informal donde se intercambiaban chácharas, y frente a la torre de comunicaciones. Luego de correr unos doscientos metros junto a la cerca, se detuvo, ajustó el cabestrillo, se arregló el cabello sudoroso (los rizos rubios, más largos y alborotados que de costumbre, le molestaban en la nuca) y escuchó una especie de aullido mezclado con un chillido agudo que provenía de lo alto. Levantó la cabeza, entornó los ojos para protegerlos de la luz grisácea y observó una mancha en el cielo.

«Justo a tiempo». Pese al caos de la guerra civil, los rebeldes se las arreglaban para que su nave de transporte diaria llegara puntualmente a aquel oscuro rincón de la galaxia. Tal vez la Nueva República sí tenía alguna oportunidad de imponerse.

La GR-75 era una nave estelar enorme y vetusta, lenta para maniobrar y voluminosa incluso para su clase, pero Quell sintió una intensa emoción cuando la alargada nave descendió, bañándola con un calor exhausto y radiante. A bordo, un piloto calculaba vectores de aterrizaje y calibraba los instrumentos en función de la presión atmosférica. Un piloto que, al menos cuando volaba sin pasajeros ni carga, seguramente rebasaría los límites de velocidad recomenda-

dos para ponerse a prueba frente a las fuerzas g resultantes. Quell movió los dedos sobre un panel de control invisible. Luego apretó los puños.

«Necesito una lanzadera», pensó. «Un airspeeder. O aunque sea un simulador de vuelo».

La GR-75 tocó la pista con fuerza suficiente para que el piso se sacudiera. A través de la cerca, Quell observó que uno de los guardias del puesto de control hacía una inspección somera del casco de la nave y luego indicaba con señas que bajaran la rampa de abordaje. Un oficial con tentáculos, perteneciente a la Nueva República, fue el primero en desembarcar. Cuando le hubo entregado al guardia un datapad, comenzó el desfile de los recién llegados.

Después del oficial, casi todos eran humanos. Esa era la pista más clara acerca de su origen: tal como solía decir la propaganda, el Imperio se había construido a partir del trabajo de la humanidad galáctica. Los pasajeros eran en su mayoría jóvenes, pero no todos. Muchos estaban acicalados, aunque había algunos desaliñados. Miraban con ansiedad más allá de los límites de la pista. Todos habían intentado deshacerse de las pertenencias que pudieran servir para identificarlos; incluso quienes aún vestían uniformes del Imperio les habían arrancado emblemas e insignias. Quell sospechaba que algunos llevaban sus placas ocultas en los bolsillos o en las mangas. Ya había visto más de un juego de distintivos militares en el puesto de trueque.

A los antiguos stormtroopers los identificaba por las botas, demasiado resistentes y cómodas como para abandonarlas, con su piel sintética y blanca embadurnada de mugre y tan amarillenta como un diente en mal estado. Quell los miró sin mucho interés y los eliminó de su lista mental de verificación. A los oficiales los delataba su porte; Quell observaba con atención sus rasgos buscando en su memoria alguna coincidencia, pero no encontró ninguna. («Tengo muy buena memoria», le había dicho al droide, y era verdad). Sintió una leve sensación de satisfacción al identificar

a una médica de combate por su anillo de la Academia, pero aparte de eso no encontró nada extraordinario.

Sabía que todos eran unos desgraciados. Conforme pasaban los días, los recién llegados eran peores.

Cuando ella llegó, hacía un mes, Arrepentimiento del Traidor ya estaba atestado, debido a la primera ola de desertores que habían abandonado sus puestos después de la Batalla de Endor. A unos los trajo la valentía; a otros, la cobardía. Pero Quell admiraba su previsión: habían comprendido que el Emperador, que había construido una civilización interestelar y gobernado durante dos décadas, estaba muerto y que su Imperio no perduraría sin él. Que, sin un heredero, los pecados del Imperio (que eran muchos, ni el oficial de lealtad más entusiasta podía negarlo) corromperían y destruirían lo que quedaba. Que la increíble victoria que la Alianza Rebelde había logrado (el asesinato del Emperador a bordo de su propia y enorme estación de combate) era digna de una rendición incondicional.

Ella no formó parte de esa primera ola. Llegó con la segunda.

Los días que siguieron a la muerte del Emperador fueron caóticos. Los levantamientos masivos en miles de planetas no solo dejaron en claro que los rebeldes siempre tuvieron la razón a propósito de los sentimientos de la gente hacia el Imperio, sino que las viejas costumbres se habían ido para siempre, que no se restauraría el antiguo gobierno. Aun así, en las entrañas de lo que quedaba de la milicia imperial surgió una especie de estrategia. Flotas de todo el espacio conocido participaron en la Operación Ceniza: la aniquilación de civilizaciones en Nacronis y Vardos, Candovant y Commenor, y otros más. Planetas leales al Imperio y planetas abiertamente rebeldes. Planetas ricos en recursos y planetas que solo poseían la gloria del pasado. Todos fueron bombardeados, gaseados e inundados, y sus factores climáticos y geológicos se volvieron en su contra.